

Suso de Toro

Un señor elegante

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: © Pere Virgili
Fotografías de interior y contracubierta: Archivo de la familia Baltar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Suso de Toro, 2021
Derechos de edición negociados mediante Asterisc Agents
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-200-2
Depósito legal: M. 2.075-2021
Printed in Spain

Los documentos que aparecen en este libro son reales
y los hechos relatados ocurrieron, la interpretación
de los personajes y de las historias es responsabilidad
exclusiva del autor.

«Es más fuerte quien no precisa de nadie.»

Ficciones del interludio

Fernando PESSOA

«Si soy yo el héroe de mi propia vida
o si otro cualquiera me reemplazará,
lo dirán estas páginas.»

David Copperfield,

Charles DICKENS

Preludio

«Sigo investigando para la novela (hace dos días estuve con los Baltar: muy interesante). Me parece que va a ser un buen libro». Un apunte en mi *bitácora* el domingo 11 de julio del año 2004.

Estaba documentándome entonces sobre cómo era la vida y sobre lo vivido en mi ciudad alrededor del año 1936 para una novela que publiqué dos años después, *Hombre sin nombre*. Nunca conseguí saber si resultó ser ese «buen libro», como pretendía cuando la escribí.

En esa fase de procurar los escasos documentos accesibles entonces y hablar con algunos supervivientes se me apareció un par de veces entre las personas afectadas por la represión el primer apellido de Rafael Baltar Tojo, un catedrático y arquitecto con el que tenía trato. Le pregunté con la discreción que pude, sabía que era un tema incómodo para todas las familias, por lo que hubiese de castigos padecidos y él me respondió proponiendo una reunión con más miembros de su familia, cosa que me sorprendió y que casi me cohibió.

Organizó aquella reunión en su casa, el ambiente era grato y en cuanto abrí la boca para hacer alguna pregunta comenzó

un reguero de anécdotas y evocaciones familiares que me hacían sonreír. Yo estaba desconcertado, pues lo que aquellas personas tan amables contaban no tenía nada que ver con las cosas que yo ya sabía, con los horrores en los que andaba revolviendo, con lo que me habían contado otras personas. Incluso, cuando aparecían incidencias desagradables o dolorosas eran narradas sin dramatismo.

Tuve que disculparme, aquellas historias tan amenas no eran lo que buscaba y, además, no quería meter aquel relato de anécdotas de su historia familiar en un libro tan oscuro como el que estaba armando.

En aquel momento no pude comprender cómo era que una familia que había padecido represalias en la generación anterior, con lo que eso condiciona a la generación siguiente, podía mantener aquella relación tan poco dramática con su pasado. La historia que asomaba de aquella familia escapaba al tópico y a mis expectativas previas. De hecho, esa ambigüedad fue algo que me intrigó y aún me intriga, cómo esa familia asimiló y elaboró su pasado sin que aparentemente le hiciese daño. Entonces, dije algo así como «esta familia tiene una historia que quiere ser contada, pero yo ahora estoy con otra cosa, un libro muy tétrico, y no merece estar ahí».

Las anécdotas desordenadas que me relataron aquella tarde las olvidé completamente, incluso perdí la grabación, cosa no rara en mí. Pasaron los años y siempre me quedó la conciencia de que tenía una cierta deuda con aquella familia, pero uno tiene mala conciencia por tantas cosas que no podría repararlas todas. Y daba por descontado que aquella era una de esas que no tenían ya reparación.

Sin embargo, aquí estoy.

El 2 de junio de 2019 hice este otro apunte que ahora recupero: «Quiero comenzar los trabajos del libro de los Baltar. La novela debiera de poder ir haciéndola en paralelo y con tiempo

y calma». Es la primera referencia que encuentro en mis diarios a este libro. Entre esos dos apuntes, aquella familia que encontré quince años atrás no es la misma; yo sigo aquí, pero aquel Rafael y como él otros miembros de la familia que estuvieron aquel día en su casa ya no están y a aquella familia le ocurrieron cosas que yo desconocía cuando me puse con este libro.

Yo estaba escribiendo una novela nueva y pretendía escribir este otro libro en paralelo, como un proyecto que me supusiese menor concentración y trabajo. Al cabo, a diferencia de la literatura de ficción, aquí no tenía por qué intervenir mayormente la imaginación, solo tenía que ir tejiendo los hechos que iría conociendo, así pensaba yo. Uno nunca sabe cómo va a ser el libro que empieza.

Sé cómo empezó. Un día acudí a la inauguración de un museo dedicado a la obra del pintor Carlos Maside y de allí salí con algo que no me dejó de rondar la cabeza.

Entre mucha gente que saludé, encontré a tres personas de la familia Baltar.

«No sabía que erais albaceas de la voluntad de Maside, de que su obra permaneciese en Santiago», le comenté a Juan Ramón, uno de ellos. «¿Y no lo sabías? La obra de Maside, o parte de ella, a partir de ahora con este pequeño museo ya queda en la ciudad, asistir a este acto como albaceas de su voluntad era un deber de Baltares. Los Baltar también fuimos albaceas del padre de Castelao y de sus hermanas.» Me sorprendió que hablase de un deber familiar. «Estáis en todas partes. Vuestra familia se me aparece aquí y allí cuando reviso cosas que me interesan del pasado. Pero es como si no tuviese un lugar propio. Como si fuese un rumor confuso o estuviese allá al fondo, en una penumbra», le dije.

«¿Y sabes la historia de la huida del tío Antonio por el puerto de A Coruña?» Y me la contó en un momento mientras be-

bía un vino blanco y conseguía algún pincho de los que servían en la inauguración. Un episodio de los que dices: «parece la secuencia de una película». Pero en ese momento yo estaba con mis propios proyectos y dejé pasar nuevamente esa posibilidad que me ofrecían. «Vuestra familia tiene una historia que pide y debiera ser contada, pero yo ahora no voy a poder.» Me excusé y nos despedimos, me marché como huyendo de aquella historia. En aquel momento no me pude parar a pensar que acababa de repetir algo que ya había dicho quince años atrás. La historia de esa familia se me aparecía por segunda vez y yo volvía a escabullirme.

Me marché de allí confundido por el ruido de tanta gente saludando, por los tres vasos de vino blanco sin comer y también por aquel anzuelo que me habían dejado caer en el oído. No podía meterme con aquella historia, pero había allí una materia narrativa que me llamaba.

Tanto me llamaba que después de dos días en los que anduvo rumiando dentro de mí acabaron por salirme las palabras en voz alta mientras bajaba las escaleras, «tengo que escribir esa historia». Así que, como esos Baltares, también yo sentí que tenía un deber, el deber de contar esto. Faltaban personas, faltaban voces, faltaba memoria, pasaron los años y todo se gasta, sin embargo lo intenté haciendo esta investigación.

Hace años, Jaime Chávarri, autor de esa película única titulada *El desencanto*, me contó que lo que él había pretendido era grabar un documental sobre el poeta astorgano Leopoldo Panero, simplemente. Lo que le salió fue un psicodrama, que como todo evento real es irreplicable, la implosión de una familia patriarcal. Esa película siempre me pareció una de las formas más radicales del arte y siempre envidié esa capacidad para fundir arte y vida o hacer que el arte golpee la vida para que resuene.

Escribir un libro sobre una familia conlleva riesgos, escribiendo este hubo momentos en los que, si bien no asistí a una

explosión del relato familiar, afortunadamente, sí que sentí que, al cavar en la memoria, los golpes en los recuerdos sacudían los pilares de la casa paterna. Sentí que había provocado ciertas sacudidas en la memoria familiar, incómodas perturbaciones que anunciaban el nacimiento de un relato nuevo de esa familia y la emergencia de un personaje que se me hizo fascinante y llegó a serme familiar e íntimo.

Claro que cuando visitas una casa cerrada tus propios pasos levantan figuras del silencio y las sombras y no sabes bien cuánta semejanza tienen con aquellos que vivieron y que recuerdan quienes los conocieron. De hecho, esas figuras espectrales luchan por existir con los recuerdos de quienes aún están vivos. Pero debemos conformarnos con esos pálidos espectros, es lo único que conseguimos. Ya aviso.

Retrato de familia

«Ella sabía que en el momento en
que me permitiese contar sus
historias se convertirían en mías.»

Los hundidos,
Daniel MENDELSON

Huida o piano

La huida de Antonio, Antón, la sabes. Incluso la leíste publicada, tendrás que conseguir alguna documentación más detallada y que alguien de la familia te cuente el relato o, más bien, su versión de los hechos. De lo que sabes te quedó la imagen de Antonio Baltar Domínguez a bordo del trasatlántico *Reina del Pacífico* en el puerto de A Coruña donde ya esperaba su Mireya, Mireya-Magdalena Dieste, que los llevará al exilio del Uruguay.

Antonio se acerca a la borda y saluda a los falangistas que lo habían perseguido aquellos días con un corte de mangas. ¿Dijo o hizo alguna burla más? Seguramente que les llamó algo, «cabrones e hijos de puta», por lo menos. Aunque estos Baltar eran personas educadas, se trata de una situación excepcional. Quién sabe.

Nadie merecía morir asesinado, Antonio tampoco, se escapó e hizo bien. Antonio es así, lo sabían todos en Santiago y en todos los lugares por donde anduvo, decidido, desafiante, alegre, brillante. Republicano.

Esta misma estampa es un momento espléndido de su carrera por la vida en adelante, alguien que da un salto limpio por

encima de una cerca sin perder la sonrisa y luego silba con las manos en los bolsillos del pantalón deportivo. Como hacía cuando paseaba por Vilagarcía, él rico e informal, llegado de la Residencia de Estudiantes de Madrid, vestido con el pantalón de mahón de marinero de Rianxo desconcertando a los «pollos pera» fascistas. Así es Antonio, desafiantemente alegre, ofensivamente libre. No puedes evitar pensar que hay algo o bastante de muchacho en él, de hombre inmaduro.

Aún no tienes toda la información para contar este episodio que a la fuerza va a ocupar su lugar en el libro, ya conseguirás los detalles. Aunque hay algo ahí que no te acaba de satisfacer, y no te atreves mucho a decirlo, ni siquiera para ti. Y sabes lo que es, viene de ese fondo lúgubre y moralista que hay en ti. Conociste en detalle los sufrimientos que padecieron sus compañeros de generación, las mejores personas de su ciudad asesinadas, incluso lo que padecieron quienes sobrevivieron, la miseria que fue tener que vivir bajo el mando de los asesinos y no acabas de encajar completamente en ese tiempo de terror la alegría olímpica, tan de Antonio por lo que cuentan, de esa estampa de su huida. Sin embargo, las cosas que ya sabes de él son admirables, no puedes tener dudas de que es «de los tuyos». Sí, y de los más brillantes, además. No debes abundar mucho en ese ángulo de su personalidad que no te acaba de agradar, pues su afirmación de la vida es precisamente el triunfo frente a los tristes y canallas. Seguramente ese aspecto suyo sea el mejor del personaje.

No te debe caber duda. Pero debes integrar su historia en la historia global de esos otros personajes de la familia Baltar, que parecen de un perfil menos épico o más discreto. Y tampoco te acaba de encajar un episodio suelto así, pues promete una novela de aventuras o acción, cosa que seguramente no va a ser este libro que aún no sabes cómo será.

Te preguntas: «¿y si empiezo por la niña que toca el piano?». Ese, en cierto sentido, podría ser un comienzo, pues cuando te

contaron lo del piano y la niña inmediatamente comprendiste que transmitía una imagen de continuidad familiar graciosa e infrecuente.

El piano de uno de los personajes, don Ángel Baltar, que acaba siendo cedido varias generaciones y cien años después a la Escola de Música donde una tataranieta hace allí sus estudios de piano. Claro que luego preguntas si la niña ensayaba concretamente en ese piano y te explican que no, que es un piano que enseguida se desafina, con teclas de marfil y que resulta muy duro de tocar para los intérpretes de hoy o algo por el estilo, que tú no entiendes bien lo que te explican porque, al cabo, ni sabes tocar el piano ni sabes de música, esa es la verdad. Aún más, te precisaron que la niña no toca piano, que toca violín. Así que esa estampa de la niña sentada al piano es falsa, y tú confías la fuerza del libro a que la investigación vaya descubriendo los hilos verdaderos de la vida y que te acabe ofreciendo el argumento de una historia oculta.

Pero si esto no fuese una novela que pretende contar una historia verdadera y fuese un guion para una película comercial, entonces seguro que comenzabas con la niña sentada delante del gran piano y que sus piernas apenas llegasen a los pedales. Y con las partituras de don Ángel, que te dijo un familiar que también las guardan allí. ¿Y qué partituras serán? Hay que preguntar.

Así pues no tienes un modo elegante o efectista de comenzar, solo dudas. ¿Va a ser un libro de aventuras o acción o un libro lírico o novela de ideas? ¿Huida o piano? U otra cosa.

Figuras en la penumbra

Hubo y hay mujeres en la familia Baltar, sin embargo desde el comienzo aparecen por delante los varones, son ellos *los Baltar*, de ellos se cuentan anécdotas, de quienes hay libros y artículos publicados. Seguramente porque hay poco de épica en cada anécdota, escasean las escenas domésticas en las que vivieron en penumbra las mujeres de su ambiente social. Esta va a ser inevitablemente una historia de una familia patriarcal. No tienes duda alguna.

Y de esos tres Baltar que se dejan entrever de la niebla del pasado, Ángel, Ramón y Antonio, solo fuiste vecino y contemporáneo en algún momento de uno de ellos, Ramón. Cuando él muere tú tenías veinticinco años y te tenías por un hombre ya hecho y ciudadano consciente, venías ya de vuelta de tus primeras guerras y justamente habías retomado la escritura abandonada en la adolescencia. Y entiendes que es por ahí por donde debes comenzar, por el más cercano a ti de esos personajes distantes. Es el único que tiene descendencia directa viva; de hecho, fueron estos descendientes quienes te pusieron delante esa materia para investigar y contar, pero curiosamente es del que

menos información escrita hay, es el más desconocido. O el más encubierto.

Don Ramón era un hombre sumamente correcto y afable, de curiosidad cultural insaciable, burgués ilustrado y cosmopolita, de fino humor, de honda estirpe democrática y de intensa vocación universitaria. La rigidez política del Estado nacional sindicalista abortó una carrera de profesor que habría sido muy fructífera.

Vuelves a leer ese párrafo. Es el comienzo de un texto que le pediste y que te envió Alfonso Álvarez Gándara, que fue amigo de uno de los hijos de Ramón Baltar Domínguez. Así recuerda él a Ramón, hermano de Antonio Baltar Domínguez, hijos de Ángel Baltar Cortés. En ese momento ignoras, lo vas a saber más adelante, que este Alfonso que te escribe eso es hijo de uno de los amigos más valiosos de Ramón. Es un párrafo lleno de respeto y de admiración de un joven universitario que visitaba entonces la casa del cirujano. Y tú vas viendo que con eso resulta difícil hacer una narración que valga la pena, es una figura muy respetable, pero sin brillo y sin perfil. Una figura que puede resultar conformista y burguesa, cosa que no gusta a la mayoría de los lectores, que buscan figuras activas e inconformistas, y desde luego muy lejos de las lectoras de hoy, que sospechan de las figuras patriarcales y prefieren en cambio las protagonistas femeninas. Te encuentras ante una figura de autoridad con un único ángulo atractivo derivado de un contrat tiempo profesional, parece que le impidieron seguir siendo profesor universitario.

Tú no recuerdas a ese hombre que fue vecino de esta misma ciudad en la que naciste y viviste, seguramente en más de una ocasión os habéis cruzado, pero la diferencia de edad, de ambiente social, de espacios urbanos es mucha. Aunque no tanta,

al cabo alguno de tus hermanos estuvo también en su casa como compañero de estudios de uno de sus hijos. Pero tú entonces estabas mordiendo la vida, para ti su nombre era un eco y él un desconocido.

Le preguntas, un día que os cruzáis, por Ramón Baltar a un amigo tuyo, sabes que su familia vivía en la misma calle que los Baltar, en la Carreira do Conde. Qué sabe él, qué impresión tiene de ese hombre, si lo recuerda... Él levanta la mirada como hacemos cuando forzamos la memoria, lo evoca y dice «don Ramón», sin más. «Un hombre importante», añade. Lo dice con indudable respeto y admiración. Caes en la cuenta de la diferencia al referirte a la misma persona, tú y él. Para ti es un personaje literario, ahora que decidiste escribir esta historia, tu oficio es acercarte a él de un modo absoluto, conocerlo y comprenderlo, tanto que te tienes que hacer dueño de su figura. Para ti es Ramón, un personaje que aún no conoces, para ti no es «don Ramón», porque tú no lo conociste, tú le preguntaste por «Ramón Baltar», pero para quien lo conoció, en este caso ese amigo tuyo, es siempre «don Ramón».

Seguro que si lo hubieses conocido no podrías hacer este trabajo de la imaginación que estás haciendo ahora, si lo hubieses conocido habrías contemplado su máscara, la imagen que proyectaba en los demás, ese «hombre importante» para aquel niño que fue tu amigo y seguramente también para sus padres, y no estarías ahora haciendo pesquisas sobre él. Escribimos literatura de lo que no sabemos, para conocer. Y con la literatura llenamos los huecos de la vida tal como nos llega.

Le preguntas a tu amigo por qué dice que era «importante» y contesta, nuevamente la mirada distraída de quien está evocando: «era un hombre elegante. Un gran cirujano». Comprendes que tampoco sabe mucho de él, era un vecino ilustre para su familia, pero al cabo él es un par de años mayor que tú y también era un muchacho cuando Ramón vivía. Sin embargo, no

hay duda, don Ramón aparece en su memoria nimbado de la admiración de sus mayores. Aún no sabes si es el aura nacida del poder social o del respeto personal. No te aclara mucho.

Ramón va a ser una piedra en la que tropieces para sacar adelante el libro, una piedra aburrida y obstinada en esa historia familiar a la que finalmente te dejaste arrastrar por el poder de atracción que ejercía sobre ti.

Algo ya has leído de la saga de esos Baltar y sabes que la figura del padre, Ángel, te va a proporcionar abundantes anécdotas y episodios de la historia médica y que la peripecia de Antonio, el hijo exiliado, rebelde, activo y emprendedor en el exilio te va a dar impulso a una narración, ahora que has decidido escribir una historia, y que a su alrededor hay toda una red de personajes singulares. Precisamente existe un libro sobre Ángel y otro sobre Antonio, hay una parte del trabajo de documentación que ya viene hecha y la tarea es hacer la recreación literaria. Ya sabes de una fotografía de don Ángel con su mostacho y el corte de pelo prusiano y de otra de Antonio con su enamorada a bordo de un trasatlántico. Buscas en la Wikipedia información sobre el otro hijo, Ramón, y ni siquiera figura la fecha completa de su muerte, mientras que sí viene la de su padre y la de su hermano Antonio.

Va a ser la figura de Ramón, precisamente la que está más cerca de ti, la que vas a tener que encajar como puedas. Vas a tener que buscarle algún ángulo, algún mérito más allá de ser un varón burgués y padre de familia numerosa o encontrarle algún defecto o alguna desgracia que le dé humanidad.

Cierto que en el resumen que te envió ese amigo de uno de sus hijos también figura que fue apartado de la universidad tras la sublevación militar en el 36, pero como les ocurrió a otros. En ese momento uno ya sabe que fue detenido posteriormente también, un episodio confuso, pero a esas incidencias se superpone toda una trayectoria profesional de brillante cirujano con